

¡LAS ROCAS PUEDEN HABLAR!

Por **Nelida Burman Garber**

ESTER FERNANDEZ se sentía muy grande ese sábado de mañana temprano mientras iba andando por la calle. Por primera vez en su vida se le había permitido ir a la iglesia sola. Y más aún, se le había permitido recorrer a pie los casi dos kilómetros que la separaban de la iglesia. Y si eso no hubiera sido suficiente, su mamá la había dejado usar una de las más preciosas herencias de familia, un prendedor camafeo. Ester brincaba de alegría.

Naturalmente, tenía pena de que su mamá estuviera enferma y no pudiera acompañarla a la iglesia. Pero gozó cada momento de la caminata, porque era una experiencia muy interesante.

En primer lugar, experimentaba el sentimiento de libertad, que para ella era la esencia de lo que significa ser grande.

Además, había tantas cosas que ver: parques, gente, tránsito y edificios en construcción.

Especialmente la fascinó uno de esos grandes edificios, junto al cual pasó lentamente, tomando nota mental para detenerse un poco más a la vuelta, porque ahora, si no se apresuraba, llegaría tarde a la escuela sabática.

Le resultó muy interesante llegar sola a la iglesia notar como le preguntaban por su mamá. Se sintió muy importante al explicarles que la mamá estaba enferma y que ella había tenido que ir a la iglesia sola. Y tuvo la esperanza de que todos se dieran cuenta que se le había confiado el precioso camafeo.

Esa, mañana Ester no sacó mucho provecho de la escuela sabática, porque a cada momento se acordaba del hermoso prendedor y lo tocaba, y estaba inquieta pensando en el interesante camino de regreso que le esperaba después de la escuela sabática. Pero cuando ésta terminó, Ester decidió quedar un poco más y escuchar los cantos en la iglesia antes de ir a la casa.

A Ester le gustaba cantar, de modo que permaneció un poco más de lo que pensaba. De repente vio la hora en el reloj de la iglesia, y salió apresuradamente. Su madre le había pedido que volviera inmediatamente después de la escuela sabática; ahora tendría que apurarse mucho para ganar tiempo. Una vez fuera de la iglesia comenzó a correr, pero cuando dio vuelta a la esquina recordó que había planeado detenerse para mirar a los constructores de la gran casa de departamentos. Razonó que por lo menos por un momentito podría hacerlo. Podría tomar luego un atajo, o correr parte del camino.

Le fascinaba ver el balde de hormigón que subía y bajaba continuamente. Se quedó mirándolo hasta que le dolió la nuca, y entonces se dio cuenta de que frente a ella había un montón de arena cernida, la más hermosa y suave que jamás hubiera visto. Los niños no pueden resistir la tentación de tomar un puñado de arena y dejarla que se les escurra entre los dedos. ¡Por lo menos Ester no pudo hacerlo!

Puso a un lado su Biblia, El Amigo de los Niños y la cartera, y levantó ambas manos llenas de arena dejándola caer en una lluvia dorada sobre el montón. ¡Que sensación más agradable! Jugó más tiempo de lo que se imaginó. De repente tocó el silbato de las doce y hasta sus oídos llegó la melodía del himno de clausura de la iglesia cercana.

Tiró la arena que tenía en las manos, recogió su Biblia y su cartera, y salió corriendo. Siguió corriendo casi hasta llegar a la casa, acalorada y sin aliento. La mamá estaba en el porche, demacrada y afligida.

—¿Dónde has estado, Ester? He estado muy preocupada por ti —dijo.

—Es que vine despacio —respondió Ester.

La madre le echó una mirada indagadora.

—No parece haber venido despacio. Estás acalorada y sin aliento. Dime.

—Pero entonces la madre se detuvo—. Ester —le preguntó ansiosamente—, ¿dónde está mi prendedor?

Entonces Ester se dio cuenta de que no tenía el prendedor. Se llevó la mano al cuello como para



recuperarlo, pero en vano.

—No sé —dijo débilmente—. Lo tenía cuando salí de la escuela sabática. Estoy segura de eso.

—Entonces tenemos que volver ahora mismo para buscarlo. No sólo es valioso sino que es algo muy precioso para mi, porque ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años.

—Voy a ir a buscarlo, mamá —dijo Ester—. Tú estás muy enferma.

—No, yo tengo que ir contigo para ayudarte —declaró la Sra. Fernández.

De modo que salieron, sin detenerse para comer, aún cuando Ester sentía qué se moría de hambre.

—Mira bien a cada paso, Ester. Podemos encontrarlo en cualquier parte del camino. Y llévame exactamente por donde viniste —le pidió la mamá.

Recorrieron pues el camino a la iglesia, pero no vieron ningún prendedor por ninguna parte. Entraron en la iglesia, fueron a la sala de su departamento de la escuela sabática, y tampoco encontraron nada.

Entonces Ester tuvo que contarle a la madre que se había quedado un ratito para el segundo servicio, de modo que fueron al santuario principal, y se dirigieron al banco donde Ester había estado sentada.

Miraron por arriba y por debajo, pero no encontraron nada.

—Ester —dijo la Sra. Fernández—, arrodillémonos aquí y pidámosle a Jesús que nos ayude a encontrar ese prendedor. Pero primero pidámosle que te perdone por decirme que viniste directamente a casa, y por desobedecerme.

De manera que se arrodillaron y le pidieron a Dios que las ayudara a encontrar esa herencia de familia.

Cuando salieron de la iglesia comenzaron a buscar de nuevo. Cuando dieron vuelta a la esquina cerca del lugar donde estaban construyendo las casas de departamentos, la Sra. Fernández notó que había un ejemplar de El Amigo de los Niños sobre la arena cernida.

— -¿Cómo habrá llegado esto acá? —dijo señalando la revista. De manera que Ester tuvo que confesar ahora que se había quedado sólo por un momentito para jugar con esa arena tan linda.

Mientras estaban allí detenidas conversando, uno de los trabajadores se adelantó y le preguntó a Ester:

—Cuando estuviste aquí jugando esta mañana, ¿perdiste algo?

-¡Oh sí! perdí un prendedor muy valioso —replicó Ester—. ¿Ud. lo encontró?

—Sí —dijo el obrero—. Mientras cerníamos la arena lo encontramos —y le alcanzó el prendedor—.

Recordamos que una niñita de rulos negros había estado jugando aquí, de manera que cuando te vimos volver, pensamos que sería tuyo.

—Oh, muchas gracias —dijo Ester—. Y miró avergonzada a su madre.

—La Biblia dice que aun las piedras pueden hablar. Yo creo que hoy la arena habló, Ester, para enseñarte que no puedes esconder tus acciones de Dios.

Ester agradeció a Dios por ayudarle a encontrar su prendedor. Cuando no hace mucho me contó esta historia, me dijo:

—Corramos el telón sobre lo que aconteció ese sábado de tarde, pero de una cosa estoy segura: nunca más me sentí tentada a mentir o desobedecer. Dios y mi madre me enseñaron una lección inolvidable.